

III

La persona que tan violentamente había excitado la atención de Manuel, era un hombre de unos treinta y seis años que bajaba pausadamente por la acera.

Su estatura, alta y robusta sin ser gruesa, estaba llena de majestad; no se veía de su traje más que la tercera parte de su pantalón, de un medio color y tela de abrigo, y un calzado de exquisita forma, aunque algo usado. Lo demás estaba cubierto con una capa negra á la española.

El embozo de la misma quedaba en el nacimiento de su cuello, alrededor del cual, y bajo el de una camisola de batista, blanca, pero ajada, se anudaba una corbata de seda negra.

Un sombrero de copa, de moda un poco atrasada, permitía ver una parte de sus cabellos, negros, brillantes, copiosos y finos como la seda, y daba alguna sombra á su semblante, que, aun á tan escasa luz, parecía ser muy hermoso.

Descubriase el corte noble y agraciado de su rostro, algo prolongado sin ser largo, y delgado

sin demacración: sus grandes ojos, pardos con pestañas negras, brillaban como dos estrellas; el dibujo redondo de sus mejillas recordaba las más puras líneas de la estatuaria; tenía la barba partida, con un hoyo grande y lleno de una gracia triste á un tiempo y varonil; después se desplegaba una boca suave y firme á la par, sobre cuyo labio superior se rizaba un bigote castaño, más bien fino que poblado.

Su nariz, un poco larga, decía bien con su tez morena y algo pálida, y contribuía á dar á su semblante una notable expresión de firmeza.

Su actitud era triste y grave; bajaba con lento paso por la acera, y preocupado sin duda por sus reflexiones, ni aun reparó en la grotesca máscara que pasó rozando su hombro y se puso á seguirle.

Uno en pos de otro salieron de la gran plaza de la Concordia. El desconocido se detuvo en una esquina, y el máscara al verlo se detuvo también.

A pocos pasos había un café; y el incógnito, después de breves instantes de reflexión ó de duda, entró en él, siguiéndole el arlequín.

Había mucha gente allí: las mesas se hallaban todas ocupadas, y además muchas personas, algunas de ellas en traje de máscara, se paseaban y cruzaban entre aquéllas.

El esposo de Wilna tendió en su derredor una mirada en la que se reflejaban á un tiempo su arrepentimiento por haber entrado allí, su deseo de salir, y la indecisión más dolorosa; conociase que había penetrado en aquel sitio por huir de sí mismo, y que, ya en él, no podía soportar el ruido infernal y el excesivo calor de aquel paraje.

En su indecisión había algo de angustia amarga é impaciente; miró en torno suyo, para ver dónde podía colocarse; pero en vano; todo se hallaba ocupado.

Ya iba á salir de allí, cuando sintió que le tocaban suavemente en un hombro.

Volvióse rápidamente, y su semblante tomó una formidable expresión de ira: en la situación de ánimo en que se hallaba, sus nervios irritados parecían querer estallar.

Pero al hallarse frente á frente con la grotesca figura del arlequín y con su cara embardunada, el furor de sus ojos se apagó, sustituyéndole una expresión de hastío.

—¿Qué me quieres? preguntó á media voz.

—Decirte que allá, en aquel rincón de la derecha, hay desocupada una pequeña mesa, repuso el arlequín con acento chillón.

—Gracias, respondió friamente el desconocido.

Y echó á andar en la dirección que acababan de indicarle.

El arlequín le siguió.

—¡Cómo gracias! gritó con grotesco enojo; ¿crees que así se paga el servicio que te he hecho? Un gran servicio, porque estás aburrido, desesperado; no hallabas un sitio para estar aquí, y no querías marcharte; ¿crees pagarme con una sola palabra el haberte proporcionado un asiento desocupado donde poder entregarte á tus cavilaciones?

El esposo de Wilna se estremeció.

—¿Qué es lo que quieres, pues? preguntó al arlequín tras de un momento de silencio, durante el cual trató de adquirir alguna serenidad para su voz y alguna calma para su semblante; ¿qué es lo que quieres? ¿dinero?

—¡Mira! respondió el máscara; y al mismo tiempo sacó del bolsillo de su ridículo pantalón una bolsa de seda azul, enteramente llena de monedas de oro.

Sostúvola un instante delante de los ojos del incógnito, y luego la volvió lentamente á su sitio.

—¿Qué es, pues, lo que deseas? preguntó aquél, quien á vista de tanto dinero había vuelto á estremecerse.

—Si quieres disfrutar de aquel sitio que tratas de pagarme, apresúrate á llegar á él, dijo el máscara, porque si no, le van á ocupar y tendrás que salir á la calle de nuevo, y no sabrás á dónde ir, porque deseas huir de tu casa y de tí mismo.

El desconocido le miró iracundo é iba á responderle; pero el máscara no le dió tiempo, porque le dijo no sin algún imperio:

—Anda, anda, que ya te sigo.

En efecto, ambos se dirigieron hacia un lado en el cual estaba, según había dicho el máscara, una pequeña mesa redonda desocupada.

Los dos hombres se sentaron á ella uno enfrente del otro; pero el desconocido echó una mirada de enojo sobre aquel convidado que se el imponía tan en contra de su voluntad.

—No quiero más recompensa por haberte proporcionado tan buen asilo, que hablar un rato contigo, dijo el máscara, que parecía leer en su pensamiento; luego me iré.

—¿De qué hemos de hablar? Yo no te conozco, repuso con altivez el esposo de Wilna.

—Es cierto, dijo el arlequín: tú no me conoces; pero yo te conozco muy bien.

—¿Tú? ¿á mí?

—Sí.

—¿Quién soy?

—Voy á decírtelo: eres un pintor español y resides en París hace tres años; ¿es esto verdad?

—Sí.

—Te casaste en Barcelona con una joven pobre poco antes de venir aquí; es decir, ocho días antes; ¿es cierto?

—Sí.

—Tu esposa se llama Wilna; era hija de un platero arruinado por falsas especulaciones, oriundo de Alemania, y que murió muy pobre poco antes de tu matrimonio. ¿Me engaño?

—Es la verdad.

—Tú te llamas Luciano Vargas: tu mujer es muy hermosa; tiene ojos azules, grandes y rasgados, cabellos rubios como la seda floja, tez blanca y rosada; es muy joven, pues aun no ha cumplido veintiún años.

El pintor permaneció callado, y sólo una mirada ansiosa que clavó en el rostro del máscara dió á entender hasta qué punto le interesaba conocerle.

El arlequín llamó, y dijo al camarero que acudió:

—Un ponche caliente y bien cargado de ron.

Luego que hubo desaparecido aquél, continuó:

—Has tenido tres hijos que han muerto: la última era niña, y ayer mismo la acostaron en un sepulcro pequeño de mármol blanco, en el cual gastaste el último dinero que te quedaba: en ocho días has perdido á tu madre que te adoraba, y á tu hija, á la que adorabas tú.

Sin duda el máscara decía la verdad, porque su compañero bajó la cabeza, y dos lágrimas anchas y abrasadoras rodaron por sus mejillas.

Siguieron algunos instantes de silencio, que fueron interrumpidos por la llegada del ponche que humeaba, difundiendo un agradable aroma por donde pasaba.

—¡Bebamos! dijo el arlequín; y llenando una de las dos anchas copas de cristal que habían traído con el servicio, la puso delante de su compañero y añadió:

—Bebe, Luciano, y olvidarás.

—¡Oh, sí! ¡necesito olvidar! murmuró el pintor con voz sorda; necesito olvidar á mi madre, á mi hija, á la miseria, que llama á las puertas de mi casa!

—Y... ¿nada más? preguntó el arlequín clavando una mirada profunda en el semblante del pintor.

—Nada más, respondió éste bajando la voz y como haciendo un penoso esfuerzo.

—Algo más tienes que olvidar, Lucirno, repuso el máscara, en tanto que el pintor llevaba á sus labios con mano convulsiva la humeante copa y la bebía apresurado; sí, algo más tienes que dar al olvido.

Luciano dejó sobre la mesa su copa vacía y apoyó la frente entre sus manos; pero el arlequín se la hizo levantar y continuó hablando así:

—Tienes algo más que olvidar, Luciano, mucho más; porque pasas en silencio lo que más te martiriza, lo que más preocupa tu pensamiento.

—¿Yo...? repuso con acento trémulo el esposo de Wilna, cuyas mejillas se habían animado con un débil carmín, efecto de la bebida que había entrado en su estómago vacío.

—Tú, sí: lo que más deseas es olvidar que tu mujer no te ama, que no te ha amado jamás.

Escapóse un rugido del pecho de Luciano; levantóse rígido, terrible, y apretó los puños amenazando al máscara, que se levantó también.

—¿Quién eres? gritó con voz enronquecida; ¿quién eres tú, que sabes todos los secretos de mi vida? ¡Oh! ¡quien quiera que seas, morirás!

—Soy un amigo, respondió el arlequín: soy un amigo tuyo, acaso el último que te queda, acaso el último que puede decirte:—¡valor!—acaso el

único que puede enviar un rayo de luz al caos de dolor y oscuridad que te rodea por todas partes: óyeme aún, que pronto acabo.

El máscara llenó de nuevo el vaso de Luciano, que lo bebió de un golpe, y luego continuó:

—Wilna no te ama, ni te ha amado jamás: su corazón era ya de otro cuando casó contigo, y todos sus latidos pertenecen á aquel sér afortunado. A pesar de tu hermosura, á pesar de tu talento, á pesar de tu bondad, Wilna no te ama, no ha podido amarte jamás.

—¡Ah! ¿dónde está, dónde está ese hombre? exclamó Luciano, hiriendo la mesa con su puño y ébrio de furor; ¿quién es? ¿cómo se llama? nunca he podido verle... nunca he sabido su nombre ni su condición.

—¿Para qué necesitas saberlo? preguntó el arlequín con una risa sardónica; otra cosa hay que te importa más averiguar.

Luciano no dió muestras de haber comprendido bien estas palabras; la bebida caliente que estaba apurando desde hacía rato, se había subido á su cerebro, exaltándole y poniéndole en un estado de extraño sonambulismo.

Tenía la mirada fija en el vacío, como si mirase á un punto invisible para todos los demás,

y allí creía ver moverse sombras amadas para él y que le habían rodeado en otro tiempo.

—¡Ah, mi madre! exclamó con voz sorda y temblorosa: ¡mi pobre madre! ¡qué buena era para mí! ¡con qué mansedumbre, con qué abnegación compartía nuestra pobreza! ¡cómo nos amaba á mis hijos y á mí!

—¿Amaba también á Wilna? preguntó el máscara con acento sardónico.

—¡Ah, no! respondió el pintor; ¡no la amaba, y eso que Wilna era buena para ella! ¡la respetaba, la cuidaba... y á pesar de eso, no la quería mi madre!

—Es que preveía que Wilna, la alemana, había de deshonorar á su hijo, el honrado catalán, murmuró el máscara sin dejar su risa sardónica y su acento burlón.

Estas palabras cayeron como plomo derretido sobre el corazón de Luciano: su embriaguez se disipó como un sueño; pasó la mano por la frente y se levantó con la mirada chispeante y preñada de amenazas.

—¡Miserable! gritó, lanzándose al máscara con los puños crispados y con tan terrible acento, que todos los espectadores se volvieron hácia él y la persona que le acompañaba.

Luego, y con un movimiento más rápido que el pensamiento, levantó su brazo, é iba á descargar un golpe sobre la mejilla del arlequín; uno de esos golpes cuya señal sólo con sangre se puede lavar.

Pero el máscara se volvió instantáneamente y detuvo aquel brazo con una fuerza hercúlea que no hubiera podido esperarse de su aspecto débil y casi enfermizo.

IV

Gran número de curiosos se había ido reuniendo en torno del máscara y del pintor: cada uno de sus vecinos había abandonado su sitio y su mesa y había acudido al lugar de la tienda.

Luciano, trémulo y descompuesto, permanecía aún sujeto por la fuerte mano del arlequín; sus ojos lanzaban rayos, chocaban sus dientes de furor, y hubiera querido confundir con su ardiente mirada á toda aquella gente que había presenciado su derrota.

—Luciano, dijo el arlequín á media voz y con acento tranquilo; no he querido insultarte, sino demostrarte una herida que hay en tu honra, para que la cures, si es posible: el que acusa debe probar; ven conmigo.

—¡Sí, sí: vamos! repuso Vargas con voz ahogada; necesito que me pruebes lo que has dicho, y luego matarte, para que se entierre contigo este secreto de vergüenza y deshonor.

—Vamos, repitió el máscara soltando el brazo

de Luciano, pues estaba seguro de que no se le escaparía ya.

Los dos salieron del café, y los concurrentes les siguieron con la vista, diciéndose unos á otros:

—Van á matarse.

En efecto: se conocía, al ver á aquellos dos hombres, que eran dos enemigos mortales, y que era preciso que uno de ellos saliera del mundo dentro de breve tiempo.

Uno al lado del otro, cruzaron varias calles de las más populosas de París, llegando por último á la de Hannover, que anduvieron también hasta su fin: el arlequín sabía demasiado bien dónde estaba situada la habitación de Luciano.

Detuviéronse en una de las últimas casas de la calle; era de apariencia decente, aunque no grande ni suntuosa: á la puerta, y extendido en una silla, dormitaba un viejo portero, que levantó la cabeza al oír ruido cerca de él.

—¿Qué se ofrece? preguntó sin conocer á Luciano por su inquilino.

—Voy á mi casa, respondió Vargas ásperamente.

—Está bien, está bien, repuso el portero con ese tono de mal humor que las gentes de su calaña usan siempre con los inquilinos pobres.

Luciano y el máscara subieron la escalera.

—Despacio, despacio, dijo el arlequín asiendo el brazo de su compañero: es necesario que nadie se aperceba de nuestra llegada: toma.

—¿Qué es esto? preguntó Luciano, al sentir que el máscara colocaba en su mano un objeto frío.

—Una llave: toma otra cosa.

Y otro objeto frío y mucho más voluminoso que el primero volvió á colocarse en la mano del pintor: era una pistola.

Éste la tomó maquinalmente: su cabeza vacilaba; sus ojos estaban extraviados; no sabía dónde se hallaba, y de sus sienas brotaba un sudor frío.

Así subieron hasta el piso cuarto: allí había una puerta pequeña, y el descansillo de la escalera, donde estaba situada, se hallaba débilmente alumbrado por el farol que ardía en el cuarto segundo.

El arlequín aplicó el oído á la cerradura: ningún rumor se oía: sólo una luz lejana enviaba un tenue resplandor al recibimiento.

—¡Abre! dijo con voz baja é imperiosa á Luciano.

El infeliz, presa de un vértigo inexplicable, in-

rodujo en la cerradura la llave que tenía en la mano, y la puerta se abrió sin el más leve ruido.

Entonces ya no fué necesario que le impulsase á entrar su compañero; el dolor, los celos reanimaron su imaginación, velada por el desaliento poco antes, y ofuscada además por la bebida espirituosa que contenía su estómago: lanzóse hacia adentro, y el máscara le siguió.

Pero, contra lo que el arlequín esperaba, Luciano, en vez de dejar la puerta abierta y lanzarse con ciego furor en el interior de la habitación, cerró con cuidado, y en seguida sujetó con brazo fuerte á su compañero.

Después, con la mano que había cerrado, y que ya tenía libre, abrió una puerta situada á su derecha, y que daba paso á un cuarto bastante espacioso.

—¡Entra ahí! dijo al máscara en voz baja, pero con acento terrible; ¡entra ahí, y espera á que venga á matarte!

Dichas estas palabras, cerró la puerta con llave, guardó ésta en el bolsillo, y empezó á internarse con paso cauteloso en las demás habitaciones de la casa.

V

Era tal el silencio con que Luciano se adelantaba, que nadie, ni aunque estuviera dotado del oído más perspicaz, hubiera podido oírle.

Cruzó un largo pasillo, y al fin de él se halló á la puerta de una salita, en la cual ardía una lamparilla.

Extraño era el contraste que presentaba el silencio de aquella humilde habitación, con el loco bullicio que reinaba en las calles: á pesar de la elevación de aquel piso—que parecía excesivamente modesto,—á pesar de su elevación, se oían en él las músicas y la algazara de las máscaras que discurrían por la calle.

Acá y allá se escuchaban canciones, gritos y carcajadas alegres, cuyos ecos sonoros subían á estrellarse en los cristales de las pobres ventanas de aquella habitación.

Luciano se detuvo tembloroso á la puerta de la estancia, que abarcaba con una mirada llena